

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 12 DE ENERO DE 1905

NUM. 477



EL GUAPO FRANCISCO ROMERO DE ANTEQUERA

ROMERO.—LO QUE LE DIGO Á USTED ES QUE YA ESTOY HARTO DE TANTOS «INVEROSÍMILES DESVIOS É INCON-
CEBIBLES INDIFERENCIAS».

MARCELO.—¡Y Á MÍ QUÉ ME CUENTA USTED?

ROMERO.—¡ÉS QUE VA Á HABER BRONCA!

MARCELO.—CONMIGO SE METERÁ USTED PORQUE NO PUEDO VALERME CON ESTA TRIPA... ¡QUÉ POCO SE
ATREVIÓ USTED CON ÉSTE!

JUEVES DE GEDEÓN



Albriicias, Gedeón! ya tenemos ahí á Cobiáñez.

—¿Dónde?

—En el seno de Azcárraga y desempeñando la cartera de lo que no hay.

—Explicáte por tu vida, Calínez. ¿Dónde se ha metido Cobiáñez? Mira que esos gallegos se meten en cualquier sitio.

—¿No te he dicho que está en el Gabinete de D. Marcelo y encargado de lo que no hay?

—¡Son tantas las cosas que no hay en España!

—Encargado de la Marina.

—¡Ah! No me la toque usted. ¿Conque se nos coló por fin el gran Cobiáñez? Vaya, ya puedo dormir tranquilo. A mí me faltaba algo, Calínez; y ¿qué es lo que me falta á mí? solía preguntarme todas las noches dando vueltas en la cama. Un Presidente del Consejo no será, porque de D. Marcelo se pueden hacer tres y queda cuerda intestinal. Un hombre de Estado tampoco, porque teniendo á Aguilar de Campoó, ¿quién nos tose en Europa? El peluquín de la diplomacia oculta hasta la carencia de ideas en su cerebro. Un Ministro de la Guerra, menos; tenemos á César, á César, que todavía no ha sido muerto por Bruto, pero que está muy malito desde que nombró Jefe del Estado Mayor Central á Polavieja. Fué á Buenavista, nombró á un tuerto y se metió á sudar en la cama. Por abreviar, Calínez: yo pasaba revista con la imaginación á Lacierva y sus demás compañeros de pasto del Ministerio, halládoles perfectos, irremplazables y muy reconstituyentes. ¿Entonces, qué me faltaba á mí? Me faltaba Cobiáñez en Marina. ¿Cómo hemos podido vivir unas cuantas semanas sin que Cobiáñez se metiese en los charcos salobres para renovarnos á medias con el doctor Cobos las glorias de Lepanto?

—Bien dices, Gedeón; el insigne villaverdista nos era casi más necesario que el saneamiento de la moneda. No sé cómo la Marina que no tenemos ha podido subsistir sin su afortunada dirección.

—Para un poco, Calínez, en eso de villaverdista. Deberías saber que Cobiáñez, aunque fué ministro con Villaverde, se declaró en una sesión del Congreso francamente maurista.

—Me parece que estás equivocado, Gedeón, pues si Cobiáñez fuera como afirmas, francamente maurista, no hubiese aceptado la cartera de Marina en este Ministerio, porque hartos se te alcanza que todos los súbditos de D. Antonio declararon que no desempeñarían ninguna cartera en el Gabinete Azcárraga.

—Pues si Cobiáñez no es villaverdista ni maurista, ¿qué es Cobiáñez?

—Gallego de nación y hombre de mar cuando come percebes.

—Bueno, dejémonos de filiaciones políticas que, después de todo, no vienen al caso. Dame acá á Cobiáñez y veamos lo que se trae por dentro.

—Tómalo. Te van á salir acorazados y cruceros hasta por las uñas.

—¿Hará la soñada y fantástica [escuadra que todos deseamos?

—¿Cómo la va á hacer, si no tiene un cuarto? Es lo que cantan las niñas: «¡Al alimón, al alimón, no tenemos dinero!» En eso estamos. ¿Como no construya barcos con cáscaras de huevo!

—Del huevo de Colón.

—O del de Villaverde, que es nuestro primer hacendista.

—Bien; quedamos en que no hará la escuadra por falta de metales preciosos. Entonces ya sé lo que va á hacer: llevará adelante las reformas de Ferrándiz para ir disminuyendo el personal, en vista de la escasez de barcos.

—Nada de eso; él no ampara las reformas que Ferrándiz y Maura proyectaron con indudable lógica. ¿Cómo va á apoyar unos planes del Gobierno anterior, siendo él maurista?

—¡Caramba, no había caído en eso! Tienes razón; después de haberse declarado maurista en plena sesión de Cortes, es imposible que le parezca aceptable nada de lo que piense ó haya pensado Maura. Mira tú qué contrariedad: si este Gobierno no fuese, según dicen á todas horas Azcárraga, Vadillo y Ugartínez, continuación del anterior, y si Cobiáñez no se hubiera declarado reiteradamente maurista, las reformas de Marina que Maura y Ferrándiz acordaron, llevarían camino de realizarse en manos de Cobiáñez y de D. Marcelo. No son los hombres públicos tan ilógicos é informales como el vulgo les supone. De vez en cuando les domina la formalidad, y salta un Cobiáñez. Pero tráelo aquí, para que continúe examinándolo.

—Cógele bien, que se te va á caer en cuanto se abran las Cortes.

—Yo te pido el ministro de Marina íntegro, y no me das más que sus piernas.

—Es todo lo que tiene de Marina, los remos.

—Habíamos quedado, Sr. Cobiáñez, en que usted no haría la escuadra ni reduciría el personal. ¿Se puede saber lo que va á hacer usted? Vamos, señor ministro, una respuesta cualquiera.

—Déjale, hombre, no le atosigues, ¿no ves que está estudiando el presupuesto del ramo?

—¿Pero no conocía ni el presupuesto de su departamento?

—Sí lo conocía, pero lo tiene que rehacer, porque estaba acoplado á las reformas de Ferrándiz, y como él no las acepta...

—Y si no las acepta, ¿con qué las sustituye?

—Con su presupuesto mejorado.

—¡Gracias á Dios, Sr. Cobiáñez, ya sabemos á qué ha venido usted! ¡A mejorar su presupuesto! Anda, Calínez, avisa en todas las parroquias que echen las campanas á vuelo. Ya tenemos á Lepanto en la vuelta de la esquina. Hombres así son los que necesitábamos en España: villaverdistas con Villaverde en el Poder, mauristas con Maura en el Gobierno, azcarraguitas cuando manda Azcárraga, y sin más iniciativas, más ideas, ni más planes que echarle un arreglito al presupuesto. ¡Y se dice todavía por ahí que para que Cobiáñez se decidiese á entrar en Marina han tenido que mediar altas influencias!

—Pues anda, que aquí nos aguarda otro gran carácter.

—Dame la linterna de Diógenes.

—Tómala é ilumínale.

—Dirijo la luz, pero no le veo más que las narices.

—Pues tampoco son tuyas, y además se las cambia á cada instante.

—¡Calla, si es D. Paco!

—D. Paco el del Monumento.

—¿Qué el del monumento? ¡El monumento todo! Sin él no habría erección.

—¡Vaya unos papeles que desempeña á su edad!

—No ha servido para otra cosa. Pero dime, ¿por qué le llamaste gran carácter? Yo no le creía tanto.

—¡Pues si es atroz! Figúrate que se incomodó con Azcárraga por un gobierno civil, y á poco se suspende la continuación de la Historia de España.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué hubiéramos hecho entonces de Castellano?

—Envió á D. Marcelo...

—¿A dónde?

—La dimisión de su presidencia del Monumento.

—¿Y en qué paró la cosa?

—Pues paró en que intervino el marqués de Pidal, y el león sanguinario se convirtió en amoroso cabritillo.

—¡Anda, anda, cómo tendrá las ubres el triste del Gabinete!

—Pidal (el que sabe latín) recogió el papelito dimisionario y se lo entregó á Azcárraga para que hiciese con él lo que creyera conveniente.

—¡Horror! No habrá quedado ni una letra. ¿Tú sabes lo que hará Azcárraga?

—Me lo figuro viéndole por delante.

—En fin, Gedeón, que la política española apesta á eso. Tápate las narices y vámonos diciendo: ¡Oh Cobiáñez! ¡Oh Romérez! ¡Oh gente voltaria y tornadiza! Aquí ya no queda más que el peluquín del ministro de Estado.



COMIENZA LA TEMPORADA DE BAILES

GEDEÓN, MUY DESCONSOLADO.—¡SIEMPRE ME TOCA BAILAR CON LA MAS FEA!

UN DISGUSTITO

Hemos vivido unos días casi temblando de miedo, porque Romeró Robledo tuvo algunas bazarías.

Como nada hay que destruya su carácter caprichoso, y él es un niño mimoso que se sale con la suya, porque ahora no hizo su gusto se puso molesto y chinche, y se mamó el gran berrinche y nos dió el primer disgusto.

Nos dió, sí, no he dicho mal, pues yo aún disgustado estoy...

(No olvidarse de que soy perfecto ministerial.)

¡Oh, qué ratos tan amargos pasó don Marcelo, á obscuras, de Romero las censuras al meditar, y los cargos!

¡Qué días tan intranquilos sin dormir y sin comer!
¡Le han hecho al hombre perder lo menos cincuenta kilos!

Si se prolonga el jaleo, nuestro pobre Presidente se queda, seguramente, delgado como un fideo.

¡De eso abusaba don Paco, que á las conveniencias sordo.

pensaba asustar al gordo y hacerle un servicio flaco!

¿Por qué no mostró sus bríos cuando Maura nos regía?
¡Entonces sí que podía vengarse de los «desvíos»!

Mas él sabe cómo y cuándo tiene que enseñar los dientes... Asi son estos valientes, se meten con el más blando.

¡Pchs!... Ya se calla el lebrél porque intervino Pidal; ¡y ahora está en el Romeral para el que quiera algo de él. .!



¡EL PAPEL VALE MÁS!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Don Modesto Moreno es un señor, al parecer, de Archidona (como decía el de la cédula), amplia y majestuosamente calvo, peinado para adelante y adornado con una oreja izquierda que no titubeamos en calificar de abusiva. Hablamos sólo de la oreja izquierda, porque la derecha no se le ve en el retrato puesto por el Sr. Moreno al frente de su obra *Un libro de versos*, sin duda para que la posteridad no ande el día de mañana dándose malos ratos con el fin de averiguar qué tipo tenía un señor que ha escrito los versos más bailables de principios del siglo xx.

D. Modesto Moreno es un señor de bigote poblado, nariz *camusa* (como suelen decir los traductores de Barcelona), y, si hemos de hablarle con toda confianza, ya que á ello nos autoriza el ver que ese señor escribe sus versos en zapa-tillas y probablemente con gorro, le diremos: ¡Qué demonio! amigo D. Modesto, no vemos claro el derecho que tenga usted á usar esa frente de profundo pensador, tan extensa y tan triste como la de Pío Baroja. Pío sí tiene derecho. D. Modesto, no.

Otra cosa: D. Modesto Moreno debe de ser hombre pequeño y cabezudo, por lo cual ha tenido la precaución de retratarse en busto, privándonos del placer de que veamos los miembros que le sirven para escribir.

Ya nos estamos figurando la indignación que se apoderará del ánimo sencillo de D. Modesto Moreno, allá en sus soledades de Archidona, que debe de ser un pueblo aburridísimo en donde no se hable más que de Romero Robledo y tal vez (¡oh cielos!) de su sobrino el conocido diputado Sr. Bores, cuando el buen señor poeta pase los ojos profundos, inquietos y un si es no es (más bien *no es*) soñadores, por estas cortas líneas.

Somos injustos y parciales, lo reconocemos de buen grado. No hemos hablado aún de los versos de D. Modesto Moreno, y ya tenemos el ánimo del incauto lector prevenido contra ese digno representante de las Musas en Archidona. Pero la verdad es que lo único notable del volumen es el retrato del autor, impreso esmeradamente en rico papel couché de dos caras y con su nombre al pie, en letra inglesa, lacónico, genial. *Modesto Moreno*. Así, como quien dice *Juan Wolfgang Goethe* ó *Enrique Heine*.

Fuera del retrato, que ya desde este momento penetra en los misteriosos dominios de la Historia, el volumen nada ofrece que pueda causar la impresión más ligera al lector más propicio á emocionarse ante unos renglones colocados con cierta simetría.

El único hecho considerable en este asunto es el de que el Sr. Moreno haya creído útil comunicar su efigie al resto de la humanidad doliente, á quien, sin duda, reputa muy interesada en conocer los rasgos fisonómicos de su peregrina personalidad.

Por lo demás, si ustedes quieren darse cuenta de que no hay exageración ni injusticia en lo que decimos, no tienen sino leer las composiciones cuyos son los fragmentos siguientes, que copiamos para que se recojan por ahí, en las Antologías-hospitales, donde se albergan los versos malitos.

Primero, copiaremos una composición entera para que ustedes juzguen la poderosa originalidad de Moreno en la forma y en el fondo:

Mujer tan primorosa,
belleza tan cumplida,
portento de hermosura
cual tú, nunca existió;
y no ha de haber tampoco,
hermosa de mi vida,
ninguno que te adore
como te adoro yo.

Y nada más. Como ven, Moreno es terriblemente erótico.

Ahora, un cantarcito suelto:

Cuanto tú más desdeñosa,
más amante he de estar yo;
¡no me quieras, por Dios, nunca,
que no se acabe este amor!

—Qué delicado, ¿eh?—como decíamos en casa de doña Emilia cuando ésta amable señora nos colocaba á algún vate gallego y sentimental.

Pues, á renglón seguido, el Sr. Moreno se queja de que no le hace caso una señorita de Archidona, rubia por más señas.

No podemos menos de felicitar á esa simpática y bella señorita por su buen gusto literario. ¡Duro, calabazas á don Modesto!

Veán ustedes otro pedacito inspiradísimo:

A través de tu hermosura
donde los ojos recreo,
otra hermosura en ti veo
que no se extingue jamás...
Esa es la que yo te adoro
en tranquila dulce calma...
Te adoro el cuerpo... y el alma
te la adoro mucho más.

Y rematemos ya:

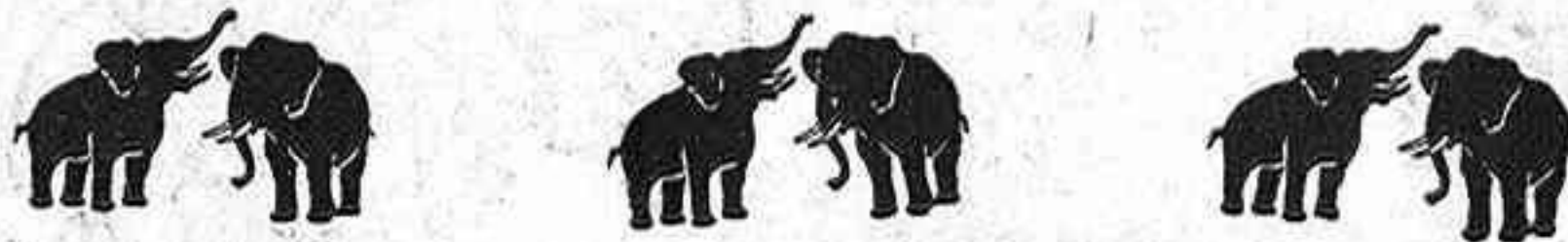
Llena de luz, de encanto, de poesía,
tú eres la blanca aurora
que anuncia el claro día:
yo soy la tarde nebulosa y fría,
yo tengo cerca ya noche traidora.

O sea el conocido y antiquísimo sistema de los paralelos:

Yo soy el euro, tú el cefrillo,
yo soy la rosca, tú el panecillo,
yo soy la cinta del calzoncillo,
etc., etc.

que ya era viejo en tiempo del *Gil Blas* Total, que D. Modesto no debe presentarse con ese libro en ninguna parte, y menos en el Parnaso.

Donde de seguro que ni la musa menos agraciada es capaz de decirle la frase sacramental: «Pasa, Moreno!»



LOS MURMULLOS DE LA SELVA

La otra tarde D. Marcelo, aún convaleciente del último parto, después de dejar en su cunita á Cobián, se aventuró á salir en coche. Pesábale ¡cosa rara! mucho más la cabeza que el vientre, y mandó al cochero que le llevase á la Casa de Campo. ¡No, no se sentía bien! Necesitaba oxigenarse, respirar aire puro. ¡La maldita combinación de gobernadores, el dichoso é inquieto Romero tenían la culpa!

Llegó Azcárraga, y sentándose en un banco tan rústico como nuestro Campóo, dejó vagar libremente su mirada por aquel pintoresco sitio, contemplando con envidia un macizo de árboles jóvenes que ligeramente se encorvaban, como saludándole. «¡Ah, si yo tuviese una mayoría tan arraigada en las Cortes como lo están estos árboles en la tierra—se decía el ventrílocuo general,—valiente cosa se me daba á mí del Parlamento!»

Y el buen D. Marcelo, con las manos

cruzadas sobre el abdomen, se perdía en profundas consideraciones, suspirando entrecortadamente.

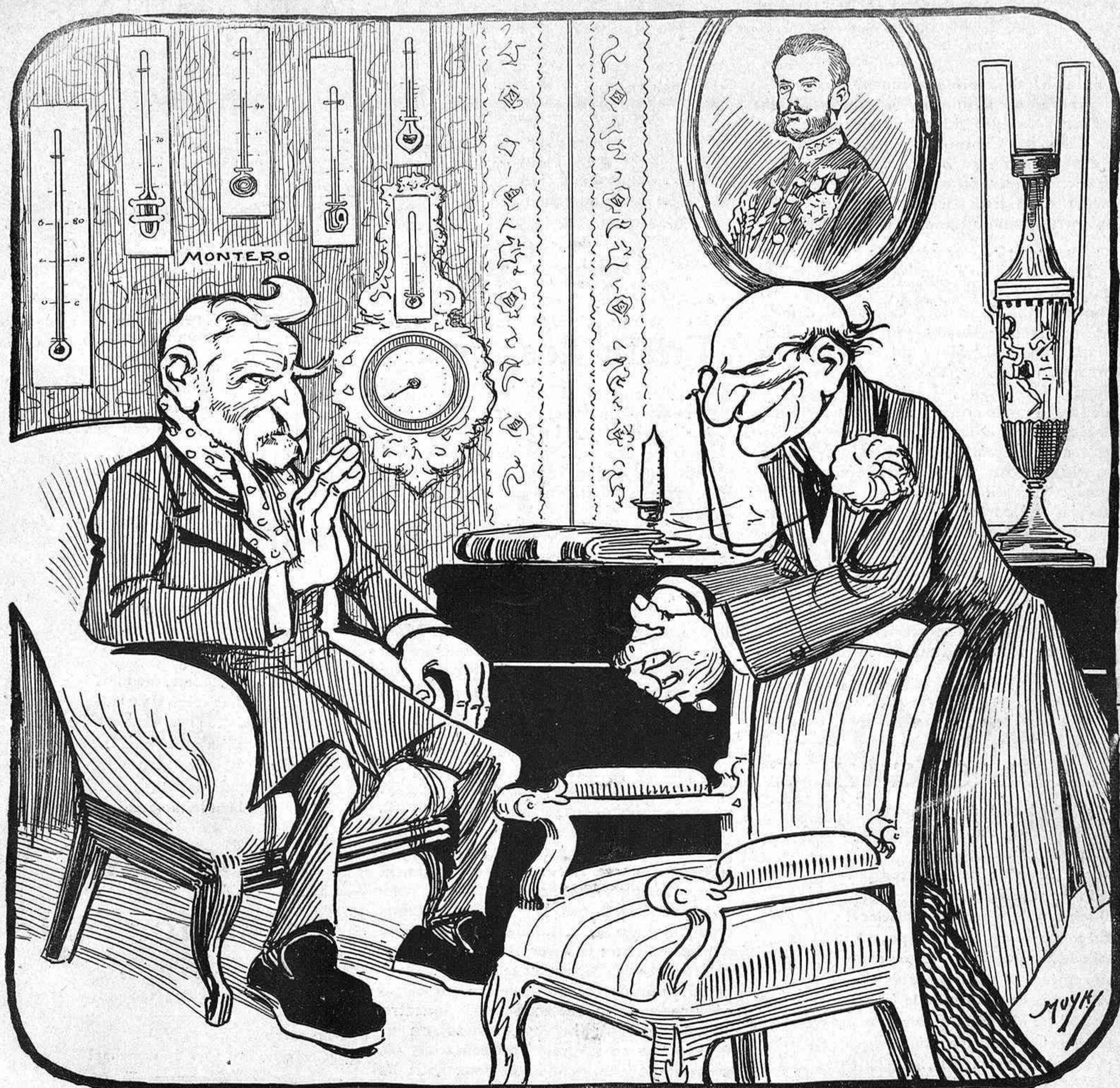
Pasaron como unos diez minutos. Bien fuese por la excesiva labor gubernamental, por el desvelo en que le tuvo la noche antes la última frase de Silvela, ó á causa de la pesadez de un artículo de *El Universo* que el general se puso á leer por habérselo recomendado Ugarte, lo cierto fué que el ilustre Presidente comenzó á dar sendas cabezadas, ni más ni menos que en el Consejo de ministros cuando se prolonga más allá de las once. Caía la tarde, y por fin D. Marcelo en el sueño más profundo,

come corpo morto cade.

A los pocos momentos y apenas la noche había tendido su conocido manto de viuda, surgieron de las entrañas de la tierra algunos seres misteriosos entre densos vapores. D. Marcelo vió que eran gnomos, y que tenían ¡oh poder inexplicable!

asombroso parecido con Castellano. Rodearon á los gnomos Castellanos varias pesetas amarillentas, descoloridas, que comenzaron á bailar al son que las tocaba Villaverde, transformado el pobre en una codorniz que apenas podía ya dar un golpe. Los nuevos gobernadores de provincias, Pelé-Melé, Bicombe, Indormán, Furciate y demás camelos publicados en la *Gaceta*, cantaban el canto del cuco, y de un viejo alcornoque en el que se leía *Concordato*, llegaban hasta D. Marcelo los desagradables ecos de las lechuzas y mochuelos.

Todos los árboles fueron adoptando formas caprichosas, extrañas y terribles, hasta el punto de erizarse la marcial perilla á D. Marcelo, al que un invencible estupor retenía allí. Maura, Villaverde, Silvela y Dato, reproducidos grotescamente, le hacían burla. Romero le acometía frenético, introduciéndole en el abdomen un puñal de dos filos: uno, la



GRITO DE ALARMA

GEDEÓN.—DON EUGENIO, ¿HA VISTO USTED LO QUE DICE EL *HERALDO*?

DON EUGENIO.—NO, NO LEO ESE PERIÓDICO.

GEDEÓN.—PUES DICE QUE HA SALIDO AHORA UNA COMPAÑÍA DE YANQUIS QUE SE VAN Á LLEVAR TODOS LOS FRESCOS DE ESPAÑA.

DON EUGENIO.—¡NO ME ASUSTE USTED, GEDEÓN, QUE NOS VAMOS Á QUEDAR SIN PARTIDO!

presidencia del Monumento; otro, la de la Cámara popular.

El Presidente se restregaba los ojos creyéndose víctima de alguna tremenda pesadilla; pero no, cierta, real era su desventura.

En uno de los árboles reconocía á Vega Armijo, abriendo y cerrando amenazadores sus brazos á lo largo de las ramas y entre horribles interjecciones.

En otro á Montero Ríos, oprimido el tronco por la yedra de sus yernos.

Más allá y solo, á Canalejas con sus brotes democráticos.

En el fondo muchos árboles amarillen-

tos, sin savia, levantando como en son de protesta sus largas y descarnadas ramas hasta el cielo. Estos le parecieron al general obreros extenuados por la carestía de las subsistencias.

Poco á poco fué iluminándose débilmente la obscuridad del bosque, como ante lejanos resplandores de un fuego de la tierra, y como por escotillón fué surgiendo lentamente un terrible monstruo que puso miedo, infundió pavor al ánimo esforzado del general. El diafragma del vientre cesó de latir, y la perilla quedó abatida y colgante como una estalactita.

El monstruo fué acercándose, y en el

violento abrir y cerrar de sus mandíbulas enormes, claramente daba á entender que no traía muy buenas intenciones. Sobre su lomo deprimido, deforme, leyó medrosamente D. Marcelo, escrito con grandes letras rojas: *Apertura de Cortes*.

El general, que recordaba lo que al héroe de Wagner le había ocurrido frente al terrible *Fafner*, por habérselo dicho un día Lacierva en el Senado, quiso probar si la vaina de su espada tendría tanto poder como el acero de *Sigfredo*, y acercándose al monstruo, que le amenazaba, trató de introducirle la contera entre sus afilados colmillos.

El monstruo silbó con la fuerza con que en algunos viajes silbaron á Maura, y abriendo su espantable boca, devoró al general en menos tiempo que Allende-salazar ha sido ministro muchas veces.

Azorados, inquietos, jadeantes por la tardanza del Presidente, aparecieron en la Casa de Campo Ugarte, Vadillo y Cardenitas, en su busca. Sólo pudieron hallar, después de una minuciosa requisa, la piel del tierno cordero devorado por el monstruo, y un fragmento de *El Universo*.

D. Marcelo dió un fuerte resoplido, palpóse el vientre, y desde la cama miró con ternuras de madre la cunita donde tranquilamente dormía su pequeño Cobián. Más allá, fuera de la alcoba, los otros pequeñuelos, Vadillo, Ugarte, Cárdenas, Castellano, Lacierva, Aguilar y Villar, jugaban con sus pequeñas carteras, haciendo expedientes y recortando decretos de *Gacetas* antiguas. D. Marcelo sonrió gozoso ante aquel emocionante cuadro infantil y se dispuso á vaciar las navajas y á cortar preventivamente algunos pedazos de tafetán.

¿Qué valen, se decía, los Murmullos de la Selva, qué la música imitativa de Ricardo Wagner, ante estos otros murmullos de mi abdomen presidencial?

Y D. Marcelo se acarició delante del espejo su vientre triunfador.



EL SAGAZ

¿Quién ha dicho que Ugarte es hombre «que no va á ninguna parte»? Cierre, cierre su boca; que al juzgar de ese modo se equivoca. ¡Si no nos merecemos al ministro de Gracia que tenemos! Es culto, inteligente, bien portado, sabe fumar y está bien educado: su actividad, á reformar propicia, va á poner como nueva á la Justicia, pues él (te ruego ¡oh Fabio! que me creas), tan modesto y callado, ¡tiene ideas!... ¡Vaya si nos conviene!... ¡Tiene ideas!... ¡No sabe lo que tiene!... ¡Digo!... ¡En tiempos de plagios y de copias tener ideas!... ¡Y hasta ideas propias!... Pues sí, señor; las tiene y las reparte discretamente don Javier Ugarte. Muy pronto hemos de ver, si viene al caso, las formidables huellas de su paso; pues hoy por hoy trabaja, vuelve, transforma, arregla, tunde y raja las leyes adjetivas, y un poco de las ídem sustantivas... ¡Va á hacer en todas corrección y expurgo! ¡Qué diablo de Javier! ¡Adiós, Licurgo!

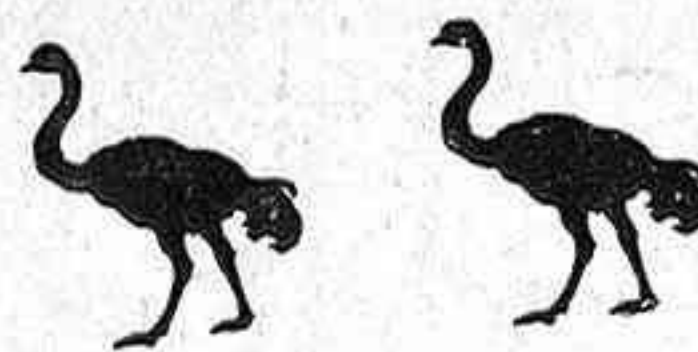


R. I. P.

¡Adiós, reorganización de los servicios navales!... ¡Ya están en el panteón con las «frases» colosales de Maura y de Gedeón!

Si Maura sintió el afán de defender tus conquistas que hoy despreciadas están, con sus pujos reformistas ha terminado Cobián.

Ferrándiz, llora por ti; nada queda de tu paso, nadie te recuerda aquí... ¡Yo esperaba tu fracaso desde el punto que te vil!



Triste despertar

La primera autoridad de la provincia, como llamamos al conde de San Luis los chicos de la Prensa para darle alguna importancia, ha despertado del plácido sueño que le arrulló durante las Pascuas, para felicidad de sus subordinados.

En esos días, agradables siempre—y esta vez más que nunca, porque no han sido perturbados por la presencia de Maura,—el señor Gobernador se sintió un poco humano, un poco madrileño y algo compasivo. Y rindiendo á D. Marcelo Azcárraga el debido homenaje de respeto, hizo la vista gorda ante los que olvidaban sus tremendas y moralísimas prescripciones.

Los teatros terminaron sus funciones algunos minutos después de la hora señalada por Su Excelencia; los peligrosos cafés de trasnochadores estuvieron discretamente abiertos toda la noche; y en varias tabernas de servicio permanente, como las funerarias, pudo penetrar la parroquia con sólo dar sigilosamente en la puerta los golpes conocidos.

Mas ya pasaron las fiestas. Hemos conmemorado el natalicio del Salvador del Mundo con la natural alegría; hemos comido por la Pascua *aquel cordero por el ritual prescrito* (como escribió en verso célebre un célebre académico, nuestro vetusto amigo); hemos entrado en el Nuevo año en la grata compañía de las uvas simbólicas, y hemos escuchado la Epifanía... Entonces la primera autoridad de la provincia, representante de ese sacrosanto Principio que concluye con tantas cosas estimables, ha despertado de su sueño plácido, y ha vuelto á sentirse terriblemente moral, ámpliamente minucioso y enormemente cargante, como de costumbre.

Otra vez *se mete* con los teatros; de nuevo cierra los cafés peligrosos y vuelve á organizar las amenas rondas de vigilantes nocturnos para impedir el derecho á trasnochar... ¡El, que es un gobernador trasnochador!... Apartemos la vista con disgusto de ese enamorado de la tristeza, de un señor que no puede ocuparse de las cosas grandes porque no alcanza á verlas ni las conoce. Y lamentemos que, acabada la Pascua, nos la siga haciendo con tan poca gracia.

¡Homòre, Sr. Vadillo... mande usted á su casita á este pequeñísimo gobernador, y nosotros le levantaremos á usted ese adjetivo *triste* en señal de agradecimiento!

¡A EXAMINARSE!

Ya no se abren las Cortes el veinticuatro, que aún no está el Ministerio bien preparado... Ya hay otra fecha: si no pasa algo nuevo, se abren el treinta.

¡Cómo espero que empiecen estas sesiones, por ver á Castellano con uniforme!... ¡Tan chiquitito, con su espadín y todo como un ministro!

Sé que dicen las gentes que don Marcelo va alargando la fecha, porque hay «canguelo»...

¡Nada tan falso!... ¡Demostrará en seguida que no es exacto!

Es que ahora los ministros todos estudian, para estar al corriente de las preguntas... ¡Noches en vela se pasan empollando como unas fieras!

Cobián, César, Vadillo, Lacierva, Ugarte, Tomás... ¡Tan buenos todos! ¡Tan estudiantes!... ¡Que los aprueben! ¡Después de estos desvelos, bien lo merecen!



El automóvil

—Yo corro, y veo á Ugarte. Yo le digo al *chauffeur*: ¡Hacia otra parte!

—Yo corro... ¿Ese es Villar? ¡Cuidado no nos vaya á atropellar!

—*Taf, taf, taf, taf, taf, taf...* ¿Ese es Vadillo? —*Bée, bée, bée...* —Se ha salvado el pobrecillo.

—*Taf, taf, taf...* ¿Atropello á un chiquitín? —No pase usted cuidado: es Tomasín.

—Yo corro... ¿Ese es Lacierva? Dejadle en paz, porque en el Pardo hay yerba.

—*Taf, taf, taf, taf...* ¿Es Cárdenas? —¡Pepito! —De las calesas huye el pobrecito.

—Yo corro... ¿Es don Ventura? —El mismo. —Dios me valga. ¡Mi futura!

—*Taf, taf, taf...* Don Marcelo. —¡Qué simpático! —Pues se me ha reventado. —¿Qué? —El neumático.

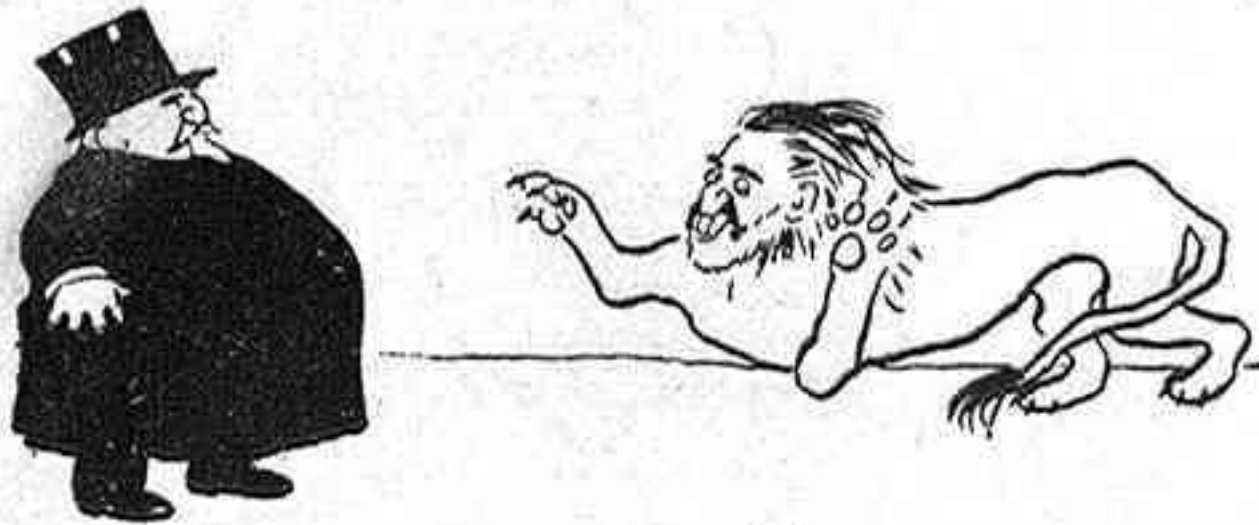
... Y armas al hombro

Ya habrán ustedes visto eso de Romero. Eso se lo habíamos ya visto todos, pero lo de ahora, francamente, supera á cuanto conocíamos de dicho señor.

Tanto, que al hacer nuestra primera plana, estaba Romero pronto á darle de moquetes á la seña Marcela, como puede verse en el lugar oportuno.

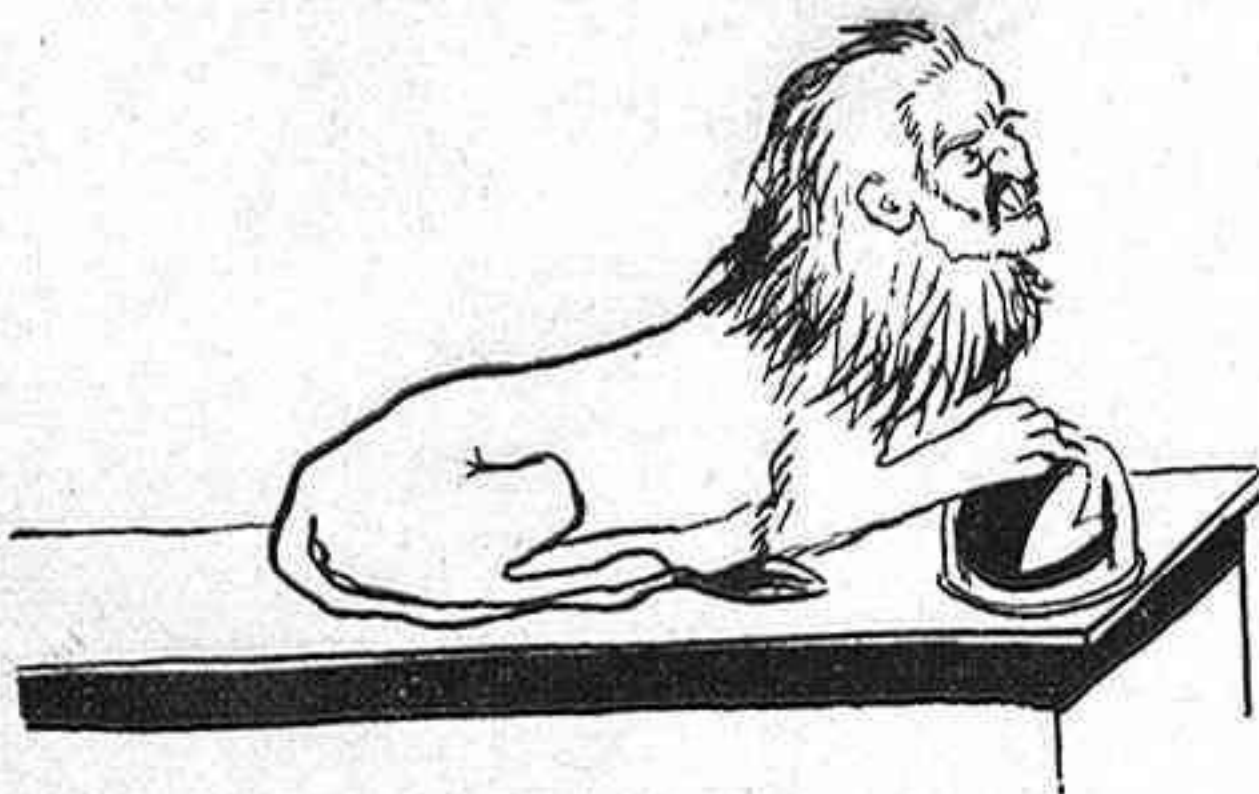
Pues bien, hemos llegado á escribir la cuarta plana, y ya había variado la situación de todo en todo, como dice el Sr. Morayta en el Congreso.

La situación el domingo era la que ustedes ven.



El león del Congreso pronto á devorar á Azcárraga con todos los frutos de su vientre.

Y la situación el martes era como sigue:



El propio león volviendo tranquilamente á hacer de Don Tancredo

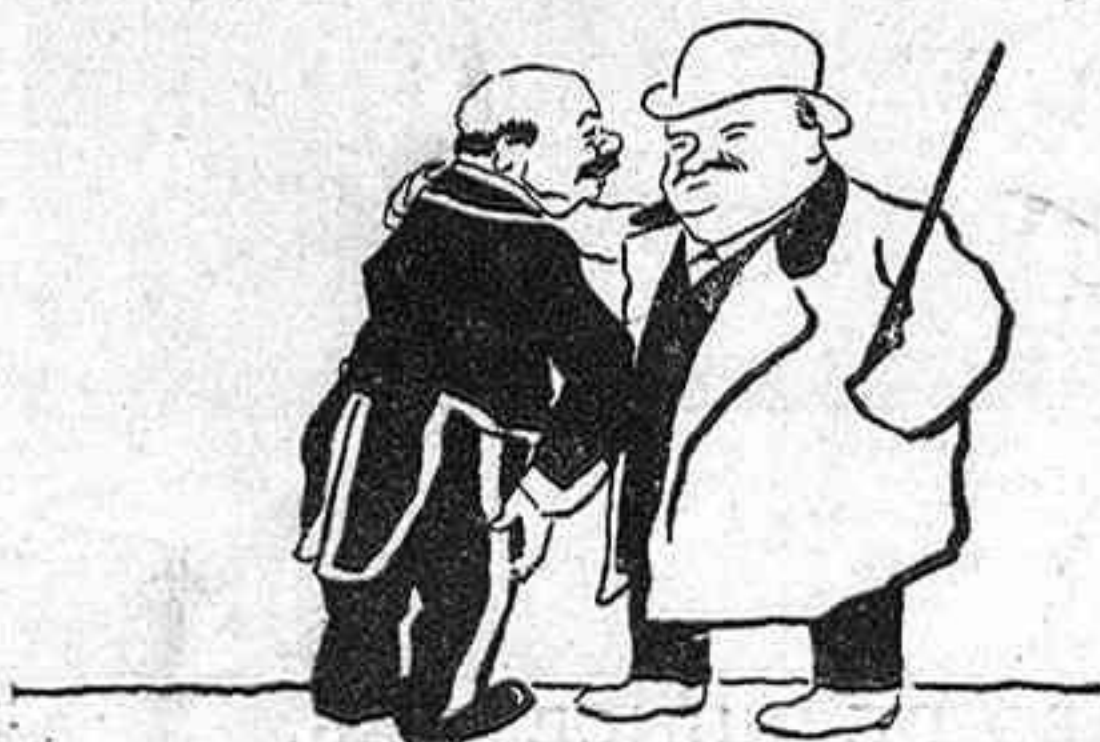
subido en su pedestal,
subido en su pedestal,

y dispuesto á tragarse, todo lo más, el queso de bola con que se la han dado don Marcelo y sus acompañantes marceloides y coro de ciervas y cabras tristes.

Gratisima sorpresa experimentaron días pasados los porteros del Ministerio de Marina al ver asomar por aquellos desvanes el rostro jovial y el ombligo creciente de su antiguo conocido el Sr. Cobián (D. Eduardo), hombre que, habiendo consagrado toda su laboriosa existencia al noble ejercicio de la abogacía, resulta, como es consiguiente, un ministro de Marina insustituible.

—¡Caramba, D. Eduardo! ¿Qué trae usted por aquí?—le preguntó un portero que hay allí desde los tiempos del señor Topete y que es muy ingenioso.

—Nada, amigo Fulánez—dijo Cobián dándose unos golpecitos en el abdomen con su natural *bonhomie*, que nos recuerda un poco á Pepe Rubio ó á Balaguer.—Es que vengo de ministro.



—¡Canastos!—agregó el otro.—¿Y es por mucho tiempo?

—Yo creo que por una temporadita corta: quince ó veinte días; pero le diré á usted: como yo, según sabe todo el mundo, tengo una finquita en Cercedilla para pasar los veranos, y ahora allí hay mucha nieve y resulta incómodo ir, pues he dicho: «Ea, vámonos á Marina á pasar lo que se pueda del invierno.» No traigo otra intención. Aquí creo recordar que había bastante buena leche...

—D. Eduardo, usted se confunde con Cercedilla ó con el Ministerio de la Gobernación, donde está el señor marqués de Vadillo.

—Es posible que esté trascordado... pero no se moleste usted en limpiar, ni en recoger las colillas, ni en nada. Para lo que voy á estar en este convento... Ya ve usted, ni siquiera he hecho que me traigan de casa las babuchas.

Hay gentes muy descontentadizas y de unas exigencias impertinentes.

Figúrense ustedes que hay quien se queja de que no conoce á ninguno de los ignorados individuos que figuran en la lista de los gobernadores enviados á provincias por el marqués de Vadillo.

Nosotros, en cambio, los hemos conocido á todos. Y ustedes también, ¿verdad?



¿A que esas caras recuerdan ustedes haberlas visto en alguna parte?

Pues, señor, á mí me parece muy bien eso del *Alcotán*, y aplaudo á los señores que suben en el globo, y todo lo que se quiera.

Por mi parte, ¡Fernández Duro y á la cabeza!

Pero, francamente, ¿no estamos poniéndonos un poco en ridículo con dedicar todos los días una ó dos columnas de gallarda prosa á un suceso tan vulgar que en París y en otras partes ocurre y se repite á todas horas?

A juzgar por las reseñas y los comentarios que hacemos respecto del globo del Sr. Duro, creará la gente que nos pasamos lo mejor de la existencia con la boca abierta mirando á ver si *cade o non cade el Alcotán*.



Lo cual no es cierto, gracias á Dios. «Según dicen—escribe toda emocionada *La Corres*,—hay ¡hasta pretendientas al *Alcotán*!»

¡Caramba, que había pretendientas ya lo sabíamos!

Pero ¡al *Alcotán*!

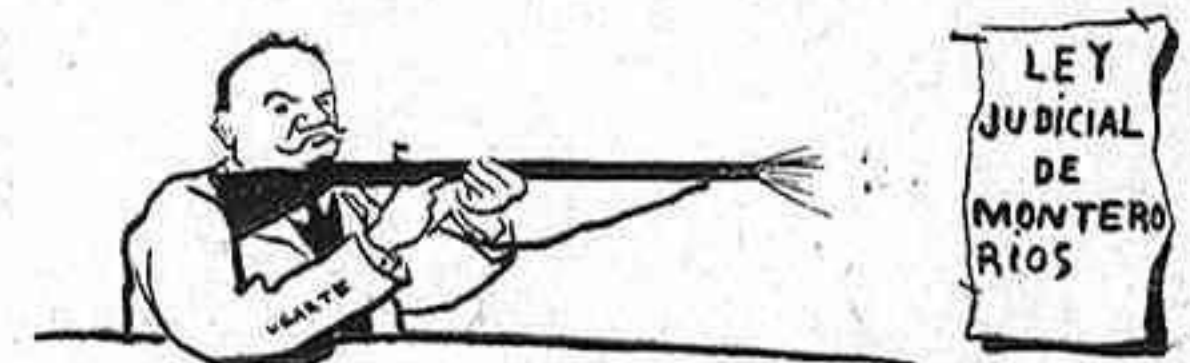
En fin, ¡vaya usted á saber los caprichos raros que habrá por ahí!

Creían ustedes que el sagaz Ugarte había venido al Ministerio para estar-se mano sobre mano?

¡Sí, sí; bueno es el hombre!

No ha hecho más que entrar y, claro, al verse en Gracia y Justicia ha sentido revivir en su alma los arrestos militares.

Y, hallando casualmente en un armario un proyecto viejo de Montero Ríos relativo á la Ley orgánica del Poder judicial, sin decir ¡apunten, fuego, pum! lo ha pasado por las armas.



Ahora está aprendiendo á firmarlo, y dentro de poco lo veremos en la *Gaceta*.

A no ser que antes le *afusilen* al propio ministro.

Leo este telegrama y me espeluzno:



«Acabamos de llegar á Cascaes.—Muñoz.»

¡Carape, qué pronto!

Pero, señor, ¿qué tendrá ese Ministerio de la Guerra, que todos cuantos entran allí á firmar la nómina caen en seguida con alguna dolencia más ó menos grave?

Ayer fuimos allí con intención de preguntar á César cuál era el color que prefería para las franjas de los pantalones en los regimientos de caballería de Marina que estamos pensando en crear de un momento á otro.

—¿Está el señor ministro?—preguntamos al ordenanza.



—No, señor; está enfermo.

—¿Todo él?

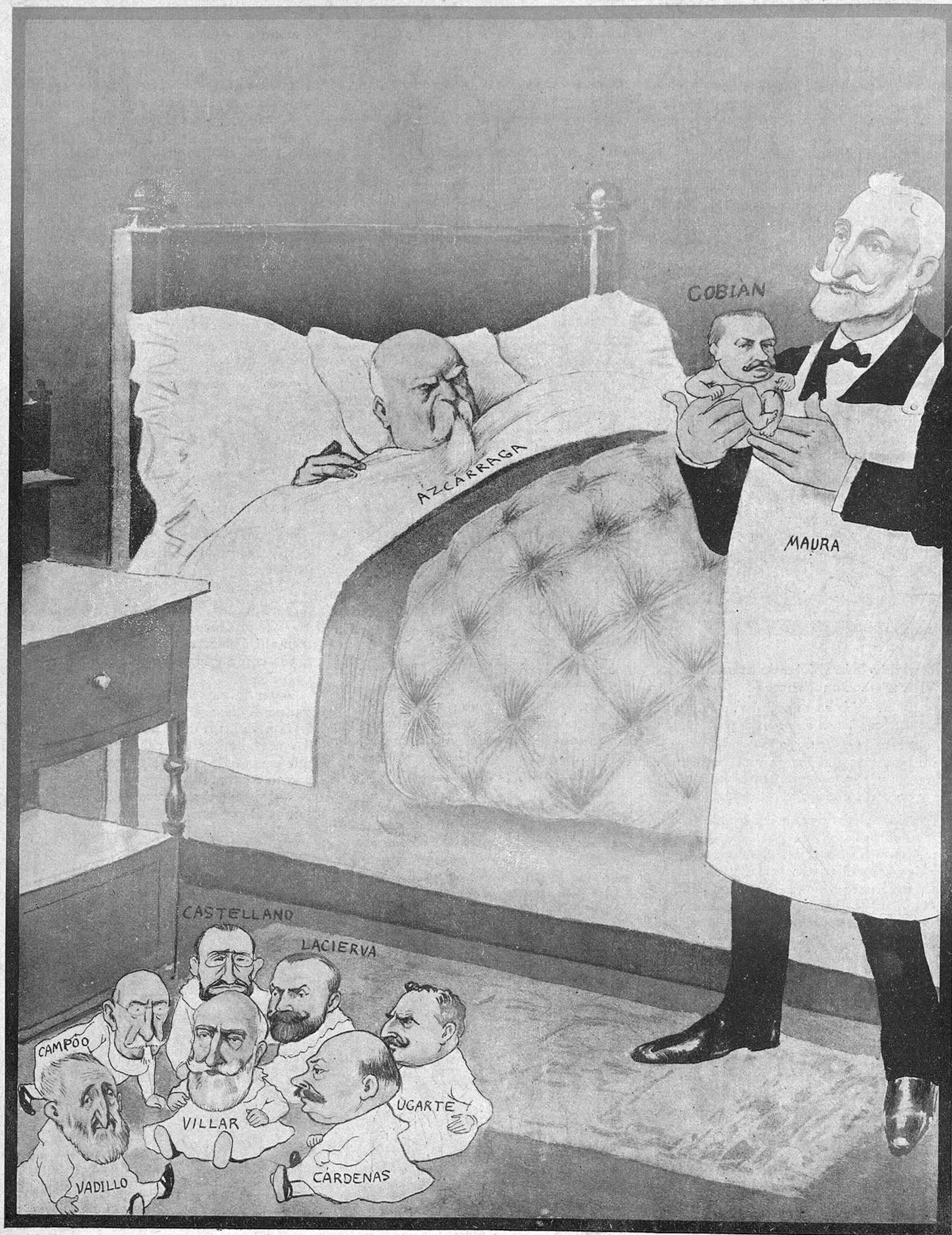
El Sr. Maura está cazando.



—¿Dónde?

—Ahí cerca: en Toledo.

—Ya he dicho yo siempre que Maura no caza tan largo como dice *España*.



UN PARTO RETRASADO

El tocólogo MAURA.—¡OH CASO VERDADERAMENTE EXTRAORDINARIO! AL CABO DE QUINCE DÍAS,
¡AÚN LE QUEDABA UNO!

